

# LAS FIESTAS DE SAN MARCIAL EN IRÚN



*Al Sr. D. Cipriano de Larrañaga, Alcalde Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de la Noble y Leal, Muy Benemérita y Generosa y Heróica Villa de Irún*



Muy señor mío y distinguido amigo: Un notable historiador moderno dice: «El pueblo que no profesa el culto de sus grandes hombres y de sus grandes hechos es indigno de unos y de otros». No pueden, en justicia, aplicarse estas palabras al pueblo de Irún, que siempre guardó fiel en la memoria las inmortales páginas de su hermosa historia, conmemorándolas con hechos y monumentos que han llegado de generación en generación hasta nuestros días. La columna de San Juan que se levanta en la plaza pública de la villa, en recuerdo de un acto de valor y desprendimiento llevado á cabo por los hijos de Irún, y los nombres ilustres que llevan las calles de Urdanibia, Leguía, Berrotarán, Zubiaurre, Peña y otras, rindiendo el debido culto á hijos eminentes de la villa, son testimonios irrecusables del aprecio que ha hecho en todo tiempo este culto vecindario de sus glorias pasadas y presentes. El «Alarde de San Marcial», que ha llegado hasta nuestros días á través de los siglos, es otra de las manifestaciones más vivas y latentes del amor con que los iruneses guardan las tradiciones honrosas de sus antepasados. Detallar esta fiesta del «Alarde» tal como hoy se practica, así como la victoria obtenida en la peña de Aldabe por los iruneses el día de San Marcial, va á ser el objeto único de este opúsculo, recogiendo como de pasada algunas noticias que pongan de re-

lieve los sacrificios heroicos que tiene prestados este vecindario en servicio de España, á la vez que sirvan para dar una idea aproximada de los recursos que ponían en juego aquellos valientes para entorpecer la marcha del enemigo.

Claro está que en todo hecho de armas en que hay vencedores, hay también vencidos, y que no es posible hablar de la victoria sin aludir á la derrota. Por esta causa, pudiera haber interés en interpretar torcidamente nuestro propósito, como parece que le hay en buscar en la fiesta del «Alarde» móviles que no existen, razón por la cual nos anticipamos á prevenir á los hombres de buena fe, que ni este trabajo, ni la función del «Alarde» que lo motiva, se hacen con el fin de herir susceptibilidades de nadie, especialmente de Francia, con quien Irún tiene interés en conservar relaciones amistosas, sino, tan sólo, por perpetuar una fiesta histórica, basada en un hecho glorioso, realizado por los antiguos pobladores de Irún; pero si alguien ha creído que puede abolirse esta fiesta típica, por dar gusto á los que erróneamente porfían en darle un carácter hostil á la nación vecina, significación que ya hemos dicho que no la tiene y que es completamente gratuita, le advertimos, que no están todavía los descendientes de aquellos héroes tan faltos de entereza, que se hallen dispuestos á echar un velo sobre las páginas más hermosas de su historia, por complacer intrusiones impertinentes.

En dicho sentido, me permito dedicar este modesto trabajo al dignísimo representante que en el día rige, con beneplácito de todo el vecindario, los destinos de tan gran pueblo, altamente satisfecho de ver en ese honroso puesto de confianza, á una persona de las bellísimas cualidades de V.

Sírvase aceptarlo como humilde testimonio de aprecio y consideración de su más atento amigo y S. S. Q. S. M. B.

SERAPIO MÚGICA.

## LAS FIESTAS DE SAN MARCIAL EN IRÚN



En aquellos azarosos tiempos en que la guerra era el principal entretenimiento de las gentes y las luchas entre Francia y España no tenían apenas término, los pueblos fronterizos se veían obligados á permanecer constantemente arma al brazo, para defender su territorio y vidas. Uno de los pueblos que más sufrieron en aquel luchar continuo y batallar incesante entre dos naciones que debieron ser hermanas y no enemigas, fué Irún. Por su situación en el límite de España era el centinela avanzado de la nación, el que vigilaba los aprestos y movimientos del enemigo, el que pasaba los avisos á los pueblos inmediatos y á la Diputación de Guipúzcoa para que se dispusieran á la defensa y el primero que tomaba posiciones en la orilla del Bidasoa, para dificultar y retardar el avance de las tropas contrarias, mientras llegaban refuerzos del interior.

Bien lo dan á entender la inscripción que ostenta en su escudo de armas: *Vigilantiæ custos—Guarda de la Vigilancia*, así como los demás atributos que en él se muestran.

La inquietud, el recelo y las molestias consiguientes al peligro, no tan solo eran inherentes á las épocas de la guerra, sino que existían de igual manera en tiempos en que no estaba oficialmente declarada ésta y que no por eso nos atrevemos á llamar de paz, porque realmente no lo eran. Cualquier altercado entre los habitantes de ambas orillas del Bidasoa, entonces tan frecuentes, daba lugar á que partidas armadas rebasaran la frontera y cometieran excesos, y ni aun esto era necesario en ocasiones, sino que, sin motivo alguno para ello, aprovechaban cualquier circunstancia para introducir la alarma en la nación vecina. Tal sucedía cuando los labortanos se juntaban, de tiempo en tiempo, en número de 800 á 1000 á pasar revista con asistencia del Señor de

Urtubia, que, por su casa, solía ser el comandante de las tropas milicianas de aquel país, quienes, haciendo propalar voces de que venían á España, se entretenían después en simular la entrada por el paso de Behobia ó el de Aritzmakur, hoy Punña, para obligar á que se armasen y tomasen posiciones los nuestros, teniéndolos así en continuo jaque, y es de suponer que los iruneses corresponderían de igual manera cada vez que se les presentaba ocasión para ello, porque no eran aquellos tiempos los más apropósito para perdonar y olvidar los males recibidos, ni el carácter de los antiguos iruneses era el más adecuado para sufrir insultos de esa naturaleza, sin tomar la revancha.

Si esto ocurría en tiempos de paz, es decir, cuando la guerra no estaba declarada oficialmente, podemos suponer el trastorno que ocasionaría á estos habitantes el estado de guerra. Cuando los temores de una invasión enemiga por este lado de España resultaban confirmados, el vecindario tomaba como primera medida la de ocultar á la codicia del enemigo los bienes que poseía. Caballerías y carros salían en caravana conduciendo á los pueblos del interior todos los enseres de algún valor que poseían los particulares; la iglesia mandaba sus alhajas, ornamentos é imágenes; el Ayuntamiento los papeles de su archivo, debidamente encajonados, y sólo se reservaba en el pueblo lo indispensable para la vida. Libres de este cuidado, situaban fuertes partidas de gente en la falda de la montaña que dominando á la ría Bidasoa, está entre los vados de Behobia y Punña, por ser los pasos que más fácil acceso ofrecían á las tropas francesas para su entrada en España, y extendían su vigilancia hasta la frontera de Nabarra, colocando de trecho en trecho expertos vigías que dieran pronto aviso de la presencia del enemigo á pelotones de paisanos, convenientemente apostados para acudir á los sitios de peligro, y no solía ser tarea fácil atravesar el Bidasoa y apoderarse de aquellas montañas incultas y cerradas de maleza, defendidas por los valientes hijos de Irún y pueblos vecinos. El único camino por donde podía el enemigo arrastrar su artillería, lo inutilizaban cortándolo á trozos y no contentos con esto apostaban gente en zanjas abiertas por ambos lados, dificultando extraordinariamente el paso por él. Entre los años 1512 y 1518 se levantó para la mejor defensa de este camino, el castillo de Gazteluzar,<sup>1</sup> cu-

---

(1) Este castillo, de forma triangular, fué derribado por los franceses en 1719, y entre sus ruinas se construyó una casa.

yas ruinas subsisten todavía, y, desde entonces, el objetivo principal del ejército invasor solía ser apoderarse de esta fortaleza. Su posesión no bastaba, sin embargo, á darles el dominio completo de la línea, porque los naturales de la tierra, aprovechando las condiciones favorables del terreno, continuaban acumulando dificultades á la marcha del ejército enemigo, y defendían sus posiciones con sin igual empeño y bravura. Uno de los pasos que con más encarnizamiento defendían los nuestros y más sangre costaba al francés, solía ser el de Artiga. Aprovechando las mareas que llegaban á la vega de este nombre y sacando de madre el arroyo que bajaba por ella, inundaban el llano, convirtiéndolo en un fangal, que se hacía imposible atravesar, si no era por el único camino que había en él, camino que por su angostura obligaba a las tropas á marchar uno á uno, ofreciendo un blanco excelente á los nuestros, que, ocultos en la maleza de la falda de Aurbes, les causaban grandes daños con su certera puntería. Tanto se cuidaba por los iruneses de acumular dificultades al enemigo para su entrada por aquella parte, que se hizo una plantación de árboles á los dos lados del camino que había entre Artiga y Aurbes, con el solo objeto de interceptarlo derribándoles sobre el camino cuando se acercasen los franceses.

Como prueba de la tenacidad con que se defendía el paso de esta feontera por los naturales del país, recordaremos, que habiendo atravesado el Bidasoa con 40.000 hombres Aman, Señor de Labrit, el año 1476, no pudo llegar en 59 días á poner sitio á Fuenterrabía, detenido á cada paso por la bravura de los nuestros.

Otro de los pasos del Bidasoa, era el de Santiago de Francia á la plaza de la iglesia de Irún, donde antiguamente estaba el embarcadero.<sup>1</sup> Como punto estratégico, era vigilado por los iruneses con el mayor cuidado, y si bien se observa la pared que hoy sirve de muro de contención á la explanada que hay frente á la iglesia por la calle de Juncal, se verá que es una fuerte muralla de piedra sillería, provista de sus correspondientes troneros, levantada para detener los embates del agua y defensa de aquella parte de la villa, donde antiguamente

---

(1) Para la mejor inteligencia de cuanto vamos diciendo, conviene tener presente que en tiempos antiguos no existían los lezones de Santiago, ni de Artiga. Eran terrenos juncales que inundaban las mareas dos veces al día. La iglesia y la sacristía están levantadas sobre pilotes y no hace todavía muchos años que el agua llegaba á sus paredes.

estaban, además de la iglesia, la casa concejil y el hospital de Santa Margarita, que más tarde se trasladaron á los puntos que hoy ocupan. El prado á que nos referimos, fué plaza pública, donde se corrieron toros en más de una ocasión y también ha servido de cementerio.

Cuando los franceses conseguían rebasar la línea española y penetrar al interior, dejaban apostadas numerosas fuerzas para guarnecer esta frontera y proteger los correos y pertrechos de guerra que recibían de su país y entonces los iruneses, abandonando sus hogares, salían al campo en partidas á luchar con el francés, á quien no dejaban descansar un momento, interceptando correos, matando centinelas, atacándoles de noche y aprovechando todas las ocasiones para introducir la alarma en las filas del enemigo, aunque sabían que éste, dueño de cuanto les pertenecía, había de cobrarles con creces el daño que se le hacía. No eran escasos, por cierto, los que esta actitud belicosa les proporcionaba á los iruneses, porque, además del penoso servicio de alojamiento de las numerosas fuerzas que guardaban este punto, que por sí solo constituía una carga importante, tenían que sobrellevar las contribuciones, multas, arrestos, prisiones, confiscaciones y malos tratamientos, que eran consecuencia del estado de rebeldía en que su acendrado patriotismo les colocaba, pero todo lo aguantaban con valor indomable, sin cejar un ápice en la campaña emprendida en defensa de su patria. Añádanse á esto las exigencias de las grandes partidas de tropa, ya en cuadros, ya en columnas, que atravesaban continuamente esta frontera en ambas direcciones y las camas, medicamentos, etc., con que tenían que socorrer á los muchos heridos y enfermos que regresaban á su país y se comprenderá el estado de aniquilamiento y miseria á que quedaba reducido este vecindario, en todos los casos de guerra, en que el ejército francés pisaba el suelo español.

Estos males sufrían aumento todavía, si las huestes francesas eran derrotadas y volvían en retirada á su país, porque esparciendo la caballería por el campo, destruían las cosechas en verde, sin conmiseración alguna, mientras otros talaban los montes para abastecer los campamentos y llevaban entre todos á Francia cuanto hallaban á mano. Las columnas que venían detrás, al encontrarse faltas de todo, sin poder satisfacer el hambre, acometían armadas á los habitantes, arrancándoles lo que pudieron salvar antes. Las familias maltratadas y hambrientas dejaban los hogares é iban á buscar asilo en los montes y, entre tanto, las casas abandonadas eran presas del primero que entraba en

ellas. Arrancaban puertas, ventanas y suelos para hacer fogatas en el campamento y dejaban las casas en cuadro, cuando no las quemaban.

Para que se tenga una idea de la enormidad del sacrificio que se imponía á Irún en casos de guerra, presentaremos los datos siguientes. En 1521 el ejército francés quemó todas las cosechas y la mayor parte de las casas de la villa, viéndose los vecinos obligados á vivir errantes por los pueblos de la Provincia. S. M. el Rey les dió 400 fanegas de trigo para llenar las necesidades más perentorias.

En 1638 quemaron 248 casas y caserías, 14 molinos y 4 herrerías mayores con sus martinets.

En la guerra de la Independencia, á principios de siglo, pasaron por Irún 500.000 soldados franceses de infantería, 79.000 de caballería, dos trenes de 500 piezas de artillería y 5.400 furgones, y por si no fuera bastante el sacrificio que esto supone, al retirarse estos, llegaron en su persecución nuestras tropas en número considerable, sin provisiones, sin una tienda de campaña, ni un abrigo contra las inclemencias del tiempo, y habiendo fijado la línea en este punto, puede calcularse la carga abrumadora que pesó sobre el vecindario de Irún, durante la permanencia de las mismas en su proximidad. El total de daños recibidos en esta ocasión por Irún, se calculó en dos millones y medio de reales.

Omitimos más desastres ocurridos en 1476, 1512 y otras épocas anteriores.

De la sucinta relación que dejamos hecha, porque la índole de este trabajo no admite más, podrá formarse una idea de las angustiosas vicisitudes por que ha pasado Irún á causa del tesón y tenacidad con que ha defendido siempre las puertas de la noble España contra todo yugo extranjero. Los saqueos, los incendios, el hambre, la muerte, todo lo sobrellevaron con valor indomable, que hoy apenas concebimos, sin esperanzas de lucro, ni de recompensas, aquellos heroicos hijos, primeros en sufrir las consecuencias funestas de la invasión enemiga y los últimos que dejaban de sufrirlas.

## BATALLA DE SAN MARCIAL

**Año 1522**

El año 1521 atravesando la ría Bidasoa, entró en España al frente de un ejército poderoso, el Almirante de Francia, Boniveto, y poniendo cerco al castillo de Gazteluzar, que estaba dominando el paso de Behobia, se apoderó de él, no tardando en hacer lo mismo con la plaza de Fuenterrabía, que se rindió el 15 de Octubre del indicado año.

No podían los naturales de Irún y pueblos comarcanos resignarse á ver que sus enemigos ocupaban aquella fortaleza y apostados en las alturas inmediatas, herían con sus certeros disparos á todo el que salía del castillo, obligándoles de esta manera á un completo encierro, no fácil de sobrellevar. Sea por esto ó porque tuviesen noticias de que el Capitán General de Guipúzcoa estaba preparando una fuerte columna con los naturales de la Provincia y alguna gente del Rey, para atacar dicho fuerte, es el caso que los franceses abandonaron el campo, pasando de nuevo á nuestro poder el castillo el año 1522, que quedó al cuidado del Alcaide y Capitán Ochoa de Asua, que mandaba, en su mayor parte, soldados jubilados por su mucha edad.

Herido el orgullo francés con la vista de nuestra bandera, que ondeaba victoriosa á espaldas de sus tropas situadas en Fuenterrabía y estimuladas por los graves inconvenientes que les proporcionaba para el paso de su nación, la ocupación de esta fortaleza por los nuestros, determinaron atacarla, reuniéndose al efecto mil labortanos á las órdenes de los señores de Urtubia y Semper y siete banderas de á 500 soldados alemanes, que hacía algunos días militaban á sueldo del Rey de Francia. El sábado 28 de Junio de 1522, apareció en el paso de Behobia la vanguardia compuesta de los valientes labortanos, que llevaban fama de ser las mejores tropas de la infantería francesa, y á continuación, en perfecto orden, las tropas tudescas, compuestas de soldados veteranos. Cargaron en dos gabarras la artillería gruesa con que habían de batir el castillo y saltaron animosos al Bidasoa para vadearlo aprovechando la baja marea, pero la fuerte resistencia que opusieron la artillería de Gasteluzar y los naturales de Irún, que acudieron presurosos al puesto de peligro, les obligaron á desistir de su propósito, retirándose á Biriatu. Dejando aquí la artillería gruesa y acomodando en ca-

ballerías diez piezas de campaña, atravesaron el Bidasoa sigilosamente á media noche, por el paso de Aritzmakur,<sup>1</sup> subiendo, sin que fueran sentidos por nadie, aquellos ásperos parajes que conducían á la peña de Aldabe, que hoy se conoce con el nombre de monte de San Marcial. Quedando aquí los franceses al cuidado de posición tan importante, bajaron los alemanes con la artillería á poner cerco al castillo el domingo 29, no creyendo encontrar entre sus defensores la animosa resistencia que opusieron Ochoa de Asua y sus veteranos

En esta sazón se hallaban operando en esta comarca dos capitanes que mandaban, á sueldo del Emperador, 400 hombres cada uno, procedentes de Irún, Oyarzun, Rentería y Fuenterrabía. El uno era Juan Perez de Azcue, vecino y natural de Fuenterrabía, animoso capitán que, abandonando su pueblo y haciendas, se hallaba al servicio de su Príncipe. El otro se llamaba Miguel de Ambulodi, vecino de Irún y natural de Oyarzun, capitán valiente y persona señalada. Estos dos capitanes, viendo en su jurisdicción al enemigo y temiendo que si el castillo caía en su poder, avanzaría quemando y talando la tierra, concibieron la idea de sorprenderle en sus mismas posiciones, pero no atreviéndose á ejecutar su plan, sin contar con la autorización del Capitán General D. Beltrán de la Cueva, que se hallaba en San Sebastián con 2.000 infantes y 200 caballos, pasaron á verse con él sin pérdida de tiempo. Enterado D. Beltrán de sus proyectos, parecióronle tan atrevidos y arriesgados, que procuró disuadir á los dos capitanes citados, alegando que disponía de escasas fuerzas y que la consigna que tenia recibida del Emperador era más bien defender la plaza de San Sebastián, que no la de atender al resto de la Provincia.

(Se continuará)



---

(1) *Aritz-makur*. Se le impuso este nombre á dicho paso, porque en él había un roble corvo, que es lo que quiere decir dicha palabra bascongada. Nos dicen las historias contemporáneas que dicho paso estaba á dos kilómetros del castillo, lo cual hace suponer que fuese el que actualmente se llama *Punía*.



## LAS FIESTAS DE SAN MARCIAL EN IRÚN

---

(CONTINUACIÓN)

No contentos nuestros valerosos capitanes con esta determinación, que dejaba en el mayor desamparo y á merced del enemigo las familias y hogares de la gente que militaba á sus órdenes, procedente, en su gran mayoría, de los pueblos situados entre San Sebastián y la frontera, insistieron en su empeño de llevar adelante su plan de ataque, que á través de su valor indomable y el afán de reconquistar el suelo patrio, consideraban factible realizarlo por sí solos, sin la ayuda del Capitán General. Tanta porfía, inclinó el ánimo de éste á prestarles el solicitado concurso y salió para Rentería con parte de su infantería y 150 caballos, celebrando de nuevo en este punto otro consejo, donde se alegaron una vez más, por ambas partes, los razonamientos expuestos anteriormente. Pasaron á Oyarzun, sin vencer por completo todavía la indecisión del Capitán General, que seguía considerando supe-

rior á sus fuerzas la empresa que se quería realizar, pero al ver que los anuncios del ataque habíanse acogido con entusiasmo por los naturales de estos pueblos, presentándose en gran número, á engrosar las filas de los valerosos caudillos Azcue y Ambulodi, que vieron en un día duplicadas sus compañías con gente bizarra y resuelta á morir, ante el peligro de que el enemigo invadiera su tierra, prosiguió la marcha á Irún, deteniéndose en el valle llamado *Alzuri de Legarra*, desde cuyo punto habían de tomar el camino de la sierra. Animosos y dispuestos, comenzaron á subir el monte á boca de noche, con las mayores precauciones, atando las lenguas á los caballos para que no relinchasen y se apreciases de su presencia los enemigos, llegando dos horas antes del día al valle llamado Saroya de Aguinaga.

Entre tanto, un clérigo de Rentería llamado Mosen Pedro de Irizar, que tenía oficio de tenedor de bastimentos, anduvo toda la noche por el camino real de Irún con gran número de jóvenes y mujeres que llevaban en las manos 400 hachas de palo encendidas, para hacer creer al enemigo que por aquella parte se reconcentraban los nuestros; ardid que fué de mucho efecto, según reconocieron los mismos contrarios después, porque llamando la atención por aquel lado, permitió que la marcha de los nuestros por el lado opuesto no fuese advertida.

Mientras D. Beltrán quedaba en Saroya esperando los acontecimientos y Mosen Pedro continuaba dirigiendo tan ingeniosa procepción, los capitanes Azcue y Ambulodi avanzaban con su gente, lenta y sigilosamente, protegidos por la oscuridad de la noche, sin que ningún ruido turbase la soledad de aquellas horas de angustia. De vez en cuando, extrañas sombras se veían salir de los matorrales y hablar al oído de los valerosos caudillos, que al frente de los suyos proseguían la marcha á paso de lobo, cuidando, así como sus soldados, de no producir ruido alguno con sus pisadas. Eran los escuchas apostados para vigilar al enemigo, que daban cuenta de lo que observaron.

Al llegar á distancia conveniente de la Peña de Aldabe, que ocupaban los labortanos, se emboscaron cuidadosamente y mandaron avanzar la caballería que quedó en Saroya. Cuando el resuello de los caballos y el ruido que sacaban en los pedregales, obligó á las patrullas enemigas á dar la voz de alerta y despertaba sobrecogido y alarmado el soldado labortano, apareció nuestra infantería, saltando entre la maleza. Sobrecogidos los franceses con esta inesperada y valiente acomete-

tida, huyeron á la desbandada, sin esperar el ataque, rodando por aquellas pendientes, como piedras desprendidas en lo alto de la montaña, y no pararon hasta rebasar el Bidasoa por el mismo paso de Aritzmakur, de donde entraron, perseguidos de cerca por los nuestros. Dejaron en este encuentro algunos muertos y 30 prisioneros, entre ellos D. Petro, señor de Semper, que fué cogido en unos alisares de un barranco inmediato al castillo y preso en la casa de Alzubide, para ser más tarde canjeado con Enrique Enriquez

Avisado el Capitán General de este buen suceso, avanzó con el resto de las tropas á la peña de Aldabe, reuniendo en consulta á los capitanes, para determinar la forma en que había de realizarse la segunda parte de la operación, y desalojar á los alemanes, que, por hallarse alojados en la carretera, no se dieron cuenta de la derrota y huida de sus aliados. El plan propuesto por nuestro capitanes, fué bien sencillo. Cualquiera de ellos, se adelantaría con su fuerza á embestir al enemigo en su propio campamento. Al verse sorprendidos los alemanes de manera tan brusca, era lo probable que entrase la desbandada y pasasen á la otra orilla del Bidasoa, obteniendo sobre ellos victoria completa. Si, por el contrario, se hacían fuertes, se retirarían los nuestros á lo alto de una montaña, donde quedaría el grueso de nuestras fuerzas, procurando atraer á los enemigos en su persecución, como era probable que lo hicieran, al ver que eran pocos, y contando con que los labortanos ocuparían la posición en que la víspera les dejaron. Aprobado el nuevo plan de ataque, bajó el capitán Ambulodi con su fuerza, hasta el alojamiento de los alemanes, y, al rayar el alba, arremetió contra ellos como una centella, presentándose inesperadamente en medio de las fuerzas enemigas, matando centinelas y arrollando patrullas. Ante semejante acometida, se turbó por el momento la sangre fría de los alemanes, entrando algún desorden en sus filas, pero no tardaron en recobrar la serenidad propia de su raza y en prepararse á resistir el empuje de los nuestros. jugaron algunos momentos las ballestas y espingardas, entrando en acción todas las fuerzas alemanas, y cuando vieron que iniciaban estas, ciertos movimientos envolventes, que imposibilitasen la huida de los nuestros, comenzaron estos á retirarse monte arriba, seguidos de cerca por los contrarios. Un caballero navarro, señor de las casas de San Martín, subía el primero, animando á los suyos en lengua tudesca, y un alférez alemán caminaba á la cabeza de sus paisanos, levantando en alto la bandera, con

sin igual denuedo. Sin cejar un momento de disparar sus armas, retrocedían los nuestros, fieles á su consigna, y enderezaban su marcha al alto, donde sus compañeros aguardaban ocultos.

El momento era solemne, el resultado dudoso.

Entre los demás soldados que en lo alto de la montaña quedaron, había otro capitán llamado Lópe de Irigoyen, natural de Irún, hombre muy valiente y determinado, que, haciendo de Maestre de Campo, formó el escuadrón con la gente que quedó de reserva. Cuando los alemanes hubieron legado á distancia conveniente, descubrió sus fuerzas, presentándolas en el mayor orden y salieron al encuentro de enemigo, llevando á la vanguardia las ballestas y espingardas y detrás la piquería, lanzas y rodelas. En las primeras descargas murieron el señor de San Martín y el alférez abanderado, así como otros muchos que venían á la cabeza de la columna, pero, á pesar de todo, la vanguardia se mantenía á pié firme, dispuesta á vender caras sus vidas, hasta que la retaguardia se apercibió de que el alto de Aldabe, hoy San Marcial, estaba ocupado por nuestra caballería y no por la fuerza labortana, como ellos suponían. Al ver esto, el desaliento cundió en las filas enemigas, y volviendo la espalda, comenzaron á huir monte abajo en el mayor desórden. Tras ellos iban los nuestros, que los acometían ferozmente, arrollándolos por todas partes, como una avalancha. Pasaron de 2800 los que murieron en el campo de batalla y se ahogaron en el Bidasoa, al querer pasar á Francia, contándose entre ellos un coronel.

Una partida de 700 alemanes se hizo fuerte cerca del castillo de Gazteluzar, sin que pudieran romper sus filas los disparos de la artillería del castillo ni las repetidas embestidas de los nuestros. Apercibido el Capitán General de esta inesperada firmeza, abandonó la posición culminante que hasta entonces ocupó en la peña de Aldabe, como último baluarte en que habían de defenderse en el caso de que se vieran los nuestros obligados á abandonar las montañas de abajo, y al frente de la caballería bajó rodeando la casa de Aldabe á atacar al enemigo. Firme éste en su puesto, rechazó valerosamente las primeras cargas, á pesar de hallarse heridos casi todos, pero sucumbió al fin al número y á los mayores elementos que contra ellos se reunieron, entregándose prisioneros.

Todo esto se hizo antes que el sol saliese y sin que hubiese ningún muerto en nuestras filas, quedando en poder de los nuestros siete

banderas y los cañones de campaña que trajeron para batir el castillo. Cerca de esta fortaleza se enterraron los muertos, metiéndolos en grupos de 50, en hoyas abiertas para el objeto, y muchos cráneos fueran luego depositados en la ermita de Artiga,<sup>1</sup> de donde los llevaron los franceses á su país, cuando se hizo la paz.

D. Beltrán, satisfecho de la expedición, recogió que su buen éxito se debía en primer lugar á los capitanes Azcue, Ambulodi y Lópe de Irigoyen, y les ofreció remunerarles con mercedes. Parece ser que decía á Mosen Pedro: «¡Ah, señor Mosen Pedro, no podrá decir el Emperador que en este día nos da de balde de comer!»

Abasteció el castillo de lo necesario y pasó á Irún, continuando, después de comer, á San Sebastián, donde entró triunfante á las 24 horas de haber salido.

A la sazón se hallaba en Vitoria el Cardenal Adriano, después Adriano VI, Gobernador en España en ausencia del Emperador Carlos V, que venía á socorrer la plaza de Fuenterrabía al mando de las tropas, y en su alojamiento de la casa de Cordón, calle de la Cuchillería, recibió de Roma, correo propio despachado del Colegio de Cardenales, con la nueva de que había sido electo Papa, y partiese luego á su destino, y D. Beltrán le envió para que le hiciesen guardia á Su Santidad en el viaje los 700 alemanes prisioneros.

Tanto celebró esta victoria el Capitán General D. Beltrán de la Cueva, después primer duque de Albuquerque, que por haberse llevado á efecto el 30 de Junio, día de San Marcial, determinó en acción de gracias á Dios y al Santo, erigir una ermita en el punto donde comenzó la batalla, y aunque le dió principio, no pudo terminarla por haber tenido que ausentarse, dándole fin el pueblo de Irún. Con esta versión del Doctor Gainza, no está conforme el Rector D. Juan de Rivera en su manuscrito del año 1622, y, por el contrario, dice que D. Beltrán pidió permiso al pueblo para levantar allí un monasterio de frailes, á lo cual no se accedió, levantando Irún por su cuenta la ermita. En lo que están conformes ambos es en que el Duque puso en el edificio su escudo de armas, y aunque se halla muy desgastado por el tiempo y los incendios que ha sufrido, no cabe duda que es el mismo que se ostenta en la fachada exterior que mira á Oyarzun, donde ha sido colocado por alguno que conocía el origen de la misma.

(1) Esta ermita estuvo, sin duda, en la casa que actualmente llaman Artiga, donde todavía hay un aguabenditera en el interior de la misma.

En otras muchas ocasiones ha servido este monte de campo de batalla, donde han vertido sangre en abundancia así los franceses como los españoles, favoreciendo la suerte de las armas ya á unos, ya á otros, y pudiéramos recordar á este efecto las batallas libradas en 1719, 1794 y 1813, así como la que se dió el 25 de Noviembre de 1874 entre los miqueletes de Guipúzcoa y las tropas carlistas, pero haremos mención únicamente, de la que se dió en 1813, por tener relación con la fiesta del Alarde, que nos proponemos detallar.

## BATALLA DE SAN MARCIAL

### **Año 1813**

Después del triunfo obtenido por nuestras tropas en Vitoria sobre el ejército francés, parte del cuarto ejército entró en esta villa el 30 de Junio de 1813, día de San Marcial, y al siguiente acabaron de echar á los franceses al otro lado del Bidasoa, desalojándolos á viva fuerza del cerro de Portu y demás adyacentes que conservaron aquella noche; llevando en su retirada, entre gendarmes, á Francia, al Cabildo parroquial y personas más distinguidas de la villa. Cuatro brigadas ocuparon este punto y su frontera. Una se colocó en Portu, otra en San Marcial y otra en Enecoleta, cerca del caserío Amasain, desde donde destacaban fuerzas para cubrir á Aguinaga-Saroya y una brigada en este pueblo. Cada brigada se componía de tres batallones, cada batallón de 1200 plazas. Una brigada era de guipuzcoanos, otra de bizcainos. Además una brigada de portugueses estaba acampada en el monte Aya, y los ingleses tenían sus campamentos en Eraustieta y otros caseríos del barrio de Anaca, y toda la arboleda frente á Errotazar, en el barrio de las Ventas. Una división de españoles estaba en la falda de la otra parte del monte Aya y las demás tropas cubrían el resto de la frontera hasta Roncesvalles, hallándose el cuartel general en Lesaca.

Nada ocurrió hasta el 31 de Agosto del indicado año. Este dió el general Soulht, uno de los más famosos que tenía Napoleón, sacando 18.000 soldados veteranos de los 50.000 que mandaba, y sostenido por la artillería que colocó en la ventajosa posición de Malcarroa, sobre el río Bidasoa, atacó con gran empeño, dirigiendo su objeto á levantar el sitio de San Sebastián. Decía en su proclama el citado Gene-

ral: «Las órdenes del Emperador son que desalojemos al enemigo de las alturas, desde donde insolentemente domina nuestros hermosos valles y le arrojemos al otro lado del Ebro. En el territorio español es donde debeis poner vuestros campamentos y allí es donde habeis de sacar vuestros recursos. No hay dificultad que pueda ser insuperable á nuestro valor y decidido celo».

Al mando de sus jefes Villate y Reille, acantonados en Biriatu y Behobia, atacaron los franceses con ímpetu la posición de San Marcial, defendida con no menos brío por las tropas españolas. Desde el amanecer hasta el oscuro, las tropas francesas atacaron cinco veces, formadas en columna, los reductos españoles construidos alrededor de la ermita de San Marcial, pero sus ataques fueron siempre rechazados por las tropas españolas, que algunas veces les cargaron á la bayoneta en su retirada. Entre los defensores de San Marcial se hallaban los cuatro batallones guipuzcoanos de Jauregui, bien que no al mando de este, porque se hallaba curando las heridas: se batieron con tanta bravura estos voluntarios, que hubo compañía que perdió la mitad de la gente. El general Lord Vellington, llegado allí al terminar la acción, dijo que las tropas españolas se habían portado como los mejores soldados del mundo.

El Rey distinguió á éstos con una condecoración y se creó más tarde en recuerdo de esta victoria, el regimiento de San Marcial, número 44, que es uno de los que forman el ejército español.

En gracia á los méritos contraídos por la villa en esta ocasión, auxiliando heridos y otros muchos servicios prestados durante la guerra de la Independencia, por R. O. de 28 de Julio de 1817 se le concedieron á Irún los títulos de *Muy Benemérita y Generosa*, añadiendo á los de Noble y Leal, que antes gozaba. Por la misma real disposición se mandaba que el cañón de hierros que estaba detrás de la iglesia parroquial<sup>1</sup> se subiese al monte de San Marcial para constante memoria de los servicios de la villa, y que todos los años el 31 de Agosto y el 30 de Junio, para celebrar el aniversario de cada una de las dos batallas referidas de 1522 y 1813, se condujese de la plaza de San Sebastián un cañón con cuatro artilleros de su dotación, doce cartuchos

---

(1) Este cañón estaba, sin duda, en la tronera que aún existe en la muralla de la calle del Juncal, á que anteriormente nos hemos referido, para la defensa de aquella parte.

de pólvora y los utensilios necesarios, que se franquearían de los reales almacenes, con el fin de que en la función de uno y otro día se hiciese la correspondiente salva y transmitir á la posteridad con toda la posible solemnidad, unos hechos que hacian honor á las armas del rey.

En cumplimiento de esta disposición, estuvo el cañón muchos años en el alto de San Marcial, y por haber desaparecido durante la primera guerra civil, pidió el Ayuntamiento que, en su lugar, se le concediese la gracia de colocar en la bandera una corbata con las cintas de la cruz que se creó con motivo de dicha batalla, siéndole concedida por R. O. de 12 de Noviembre de 1846. Así bien, se dispone en la misma, que se continúe trayendo el cañón de San Sebastián en las fechas referidas, como se vino haciendo en épocas normales, hasta que por R. O. de 20 de Junio de 1882 se denegó la autorización que se solicitaba para continuar con esta costumbre, en virtud de otra disposición de 2 de Noviembre del año anterior, prohibiendo las salvas de cañón con carácter general.

S. S. el Papa Pío VII, por Breve de 9 de Febrero de 1816, concedió la gracia de altar privilegiado perpetuo al altar de San Marcial, con indulgencia plenaria á las almas de los difuntos en cuyo nombre se celebrase misa en el altar de dicha ermita, y, el 1.º de Mayo del mismo año, el señor Obispo de Pamplona otorgó la facultad necesaria para usar de las gracias comprendidas en dicho Breve.

Por último, la villa de Irún dedicó también su homenaje á los que perecieron en esta memorable batalla, colocando á derecha é izquierda del altar mayor de la ermita de San Marcial dos lápidas de mármol negro con las siguientes inscripciones en letras de oro.

A la derecha del altar:

## D. O. M.

ESTE SEPULCRO ENCIERRA

LAS CENIZAS DE LOS HÉROES FENECIDOS

EN LA BATALLA DE XXXI DE AGOSTO DE MDCCCXIII.

LA VILLA DE IRUN HIZO DE ELLAS

ESTE RELIGIOSO DEPÓSITO EN MDCCCXV.

A la izquierda del altar:

LA HIST.<sup>ª</sup> CON PREZ Y HONOR DE ESPAÑA  
 PARA PERPETUA MEMORIA  
 DEL GLORIOSO TRIUNFO  
 LOGRADO SOBRE LOS FRANCESES  
 EN ESTAS ALTURAS  
 EL 31 DE AGOSTO DE 1813  
 POR EL 4.º EXÉRCITO ESPAÑOL  
 A LAS ÓRDENES DE SU DIGNO GENERAL  
 EL EXCMO. SR. D. MANUEL DE FREYRE.  
 LA VILLA DE IRUN ERIGIÓ ESTE MONUMENTO  
 EN 30 DE JUNIO DE 1815  
 REINANDO FERNANDO VII.  
 REFERIRÁ EL LUSTRE DE ESTA HAZAÑA.

### ALARDE DE SAN MARCIAL

A consecuencia de la batalla que se comenzó en la peña de Aldabe, antes de la madrugada del día 30 de Junio de 1522, hemos dicho que se levantó una ermita en dicho punto, bajo la advocación de San Marcial, Santo de ese día, y, añadiremos ahora, que los cabildos eclesiástico y secular de Irún, hicieron voto de ir procesionalmente todos los años el día de San Marcial, desde el pueblo al santuario, como se practica todavía, acompañados de un escuadrón de mosqueteros. La víspera de dicho día, ó sea el 29 de Junio, se hacía el «Alarde» ó reseña de armas, siendo el primer capitán que mandó dichas fuerzas por espacio de 40 años, el mismo Lópe de Irigoyen que tanto contribuyó á la derrota de los franceses. A su muerte, acordó el Ayuntamiento que ejerciese dicho mando uno de los cinco Diputados que constituían la Corporación.<sup>1</sup>

(1) Consecuencia de la obligación general que tenían los guipuzcoanos de acudir á la defensa del país en los casos de invasión extranjera, era la necesidad de que estuviesen alistados, organizados militarmente y provistos de armas, razón por la que todos los pueblos tenían en sus Casas Consistoriales armas de fuego y blancas, tambores, pífanos, banderas, etc., y se juntaban anualmente en sus respectivos pueblos á hacer los alardes, muestras de armas y revistas de la gente.

Además de estos «Alardes» anuales, ha solido hacer Irún otros extraordinarios. Fué notable la muestra de armas que hizo el año 1582. Por mandado del rey Felipe II vino á Irún D. Diego Venegas de Córdoba á ver la gente que aquí había, acompañado del General de Fuenterrabía, Garcia de Arce y su teniente Linares y de los Diputados de la Provincia D. Luis Cruzate, vecino de San Sebastián, D. Pedro de Uhayar, de Azcoitia y Joseph de Estensoro, de Segura, y habiendo mandado que se juntasen todos los soldados en el término de 23 horas, salieron un domingo á las ocho de la mañana, á las órdenes del capitán Pedro de Urdanibia, dueño de Aranzate, 408 hombres bien armados y equipados. Nombraron para contar dicha fuerza al capitán D. Diego de Justiz en representación de Fuenterrabía y al Rector D. Juan de Rivera Irigoyen en la de Irún y, cuando todo estuvo dispuesto, salió la gente de guerra con muy buen orden. Llegaron hasta el humilladero de Artelecu y acabaron su «Alarde» para el medio día, con tanta gallardía y destreza en manejar y disparar los arcabuces, que quedaron admirados y prendados todos los presentes de su excelente porte militar.

En el transcurso de los muchos años que va contando de existencia el «Alarde de San Marcial», personajes civiles de renombre y militares de alta graduación, no se han desdeñado de mandar las fuerzas que toman parte en él, antes al contrario, se han creído enaltecidos al recibir este honroso encargo. Entre otros, citaremos á D. Juan Arana, coronel de infantería, comandante militar que fué de Irún durante el sitio que sufrió la villa en la última guerra civil, que, siendo Alcalde en 1888, tomó el mando de dichas fuerzas, subiendo á la cabeza de las mismas al alto de San Marcial, donde otros capitanes de su mismo temple llevaron á cabo hazaña tan portentosa. Tenemos especial satisfacción en dedicar un recuerdo de gratitud con este motivo al enérgico y honrado Alcalde á quien tanto debe la villa de Irún y de quien tantas pruebas de deferencia y bondad recibimos, cuando en cumplimiento de nuestra misión realizamos el arreglo del archivo municipal. Descanse en paz *el viejo*, denominación familiar y cariñosa con que le distinguían todos.

SERAPIO MÚGICA.

(Se concluirá)





## LAS FIESTAS DE SAN MARCIAL EN IRÚN

---

(CONCLUSIÓN)

Hace cinco años que el cargo de General de las fuerzas del «Alarde» viene desempeñándolo el simpático joven D. Manuel Pedrós, Caballero de la Orden de Isabel la Católica y el *erriko-seme* más entusiasta de esta fiesta. Es seguro que si este cargo hubiera de proveerse á votación entre los soldados, también sería nombrado él, porque es querido de todos, gracias á su excelente carácter y al cariño entrañable que profesa á su pueblo natal.

En los orígenes de esta fiesta, además del capitán del «Alarde», figuran el Emperador, el Rey Cristiano y el Rey Moro, y se celebraban con solemnidad y fausto extraordinarios los días de San Juan, San Pelayo, San Pedro y San Marcial, recibiendo los que ejercían dichos elevados cargos, grandes regalos de carneros, aves, vinos, etc., y convidando á los donantes, que constituían medio pueblo, con grandes ban-

quetos que se daban alternando en los domicilios de los monarcas improvisados, banquetes que eran servidos por número extraordinario de criados, que esos días manteníanse también opíparamente á cuenta de los altos personajes á cuyas órdenes estaban. El gasto y el abuso debieron llegar á tal extremo, que el Municipio, en las Ordenanzas de 1587, se vió precisado á reglamentar el agasajo y el coste que esos días podían hacerse por los concurrentes á las casas de los Reyes y Emperadores.

No hay duda, que del 24 al 30 de Junio, los antiguos iruneses se trataban á cuerpo de rey, echando, como vulgarmente se dice, la casa por la ventana, y si los actuales descendientes, sin distinción de clases ni edades, acogen con el mayor entusiasmo los preparativos de estos días, no hacen más que corresponder a la alegría y júbilo con que sus antepasados celebraban las fiestas de San Marcial, conocidas favorablemente en la Provincia y fuera de ella, por su mucha animación y carácter típico que las distingue. Indudablemente, con el cambio de costumbres, han variado los gustos, y para divertirse la actual sociedad, sigue distintos derroteros de aquella á que nos hemos referido, pero la animación, el bullicio, el entusiasmo de los iruneses no por eso decaen, sino que anualmente crecen y toman mayores vuelos, como sube y crece, á impulsos de su trabajo, la hermosa población que habitan. Los síntomas precursores de la gran fiesta, empiezan á observarse en Irún con bastante antelación. El Ayuntamiento manda que las vías y edificios públicos sean aseados y reparados cuidadosamente y acuerda diversos medios encaminados al mayor brillo de la fiesta; el clero toma las medidas convenientes para el mayor lucimiento de las funciones religiosas que han de celebrarse; las Juntas de los Casinos estudian la manera de agradar á los concurrentes con festejos estraordinarios; las fondas, los comercios y los particulares hacen toda clase de preparativos para recibir y agasajar al forastero; jóvenes y viejos encargan para ese día lujosos atavíos; los niños de las escuelas sueñan con los premios que han de merecer de sus maestros; la banda Municipal comienza á ensayar el himno y las marchas de San Marcial; los soldados del «Alarde» limpian y preparan las armas; las cantineras arreglan sus vistosos trajes y todo Irún se dispone á pasar esos días de la mejor manera posible.

El General encargado de mandar las fuerzas del «Alarde», reúne en la Casa Consistorial el personal que ha de guiar á las tropas que en

él han de tomar parte, y después de hacer los nombramientos de jefes y capitanes, les comunica las órdenes procedentes para que dirijan las maniobras que acostumbran á hacer los soldados por compañías aisladas, á fin de que ejercitándose en la táctica militar, se presenten en su día instruidos convenientemente, para evolucionar con la debida seguridad y acierto.

La mañana del día 29, el cabo banderín de cada compañía recoge del Ayuntamiento municiones de pólvora y pistones para tres tiros de ensayo, que han de dispararse á la tarde.<sup>1</sup> Llegada esta, se reunen por agrupaciones de compañías en los tres barrios, Bidasoa, Olaberría y Ventas y son revistados por el General que acude á los puntos indicados, acompañado de los jefes, escolta y cornetín de órdenes. Para enterarse de los grados de instrucción que han alcanzado los soldados en las evoluciones militares y manejo de las armas, se disponen diferentes movimientos y se tiran algunas descargas cerradas. Hecho esto, el General entrega al capitán de cada compañía un banderín con el nombre del barrio á que pertenece la misma.

Estos preparativos recuerdan otros idénticos que el mismo día y las mismas horas del año 1522, harían los bravos iruneses que se aprestaban á la lucha.

El total de las fuerzas consiste en un comandante jefe, ayudantes de los distintos cuerpos, una batería de artillería rodada<sup>2</sup> y nueve compañías, mandadas aquella y estas por otros tantos capitanes. Cada una de las citadas compañías la forman 24 á 30 plazas, sin incluir en este número la cantinera, un oficial, un sargento y dos cabos, de los que uno lleva en el extrema del fusil el banderín correspondiente á su compañías. Hay además una escogida escuadra de hacheros, compuesta de 16 á 20 individuos y el cabo, y por último, nutrida música con su correspondiente banda de pífanos y tambores. A estas fuerzas se agregan una ó dos compañías de la ciudad de Fuenterrabía, que anualmente toman parte en el «Alarde».

El mando de todas estas fuerzas corresponde á un General, que va

---

(1) Generalmente los soldados del «Alarde» llevan hoy escopetas de pistón, aunque también hay de sistemas más modernos. Antes las armas de fuego se traían del parque militar de San Sebastián.

(2) Aunque ya hemos dicho que las salvas de cañón se prohibieron, no ha querido Irún prescindir de llevar artillería en el «Alarde» y conduce como recuerdo un cañón de madera.

vestido de rigurosa etiqueta con pantalón y frac negros, fajin encarnado con borlas de oro, bastón de mando, guantes blancos y bicornio ó sombrero de dos picos.

El Sr. Pedrós lleva además las insignias que particularmente le corresponden de la R. O. de Isabel la Católica.

Lleva el General cuatro ayudantes que corresponden á las cuatro armas de infantería, caballería, artillería y Estado mayor y una escolta de caballería, compuesta de un cabo y cuatro soldados, uniformados con la clásica boina encarnada, guerrera blanca con vivos azules, pantalón de este color con franja blanca, media bota, espuelas y sable.

El uniforme de infantería consiste en la boina encarnada, chaqueta negra, pantalón blanco y alpargata del mismo color. Es también de reglamento el que lleven faja de color y corbata de seda.

El comandante de las fuerzas lleva este mismo uniforme.

El de artillería consiste en boina encarnada, guerrera de pañete azul con botones dorados con las iniciales C. A. entrelazadas, pantalón de hilo blanco con franja azul, polaina, alpargata blanca con cinta negra, al cinto un machete y en el cuello dos bombillas indicando el arma á que pertenecen.

Los músicos y los hacheros llevan el mismo uniforme que la infantería, únicamente se distinguen estos últimos por su armamento y en que llevan un mandil de gamuza y en el brazo galones de soldado preferente con la consabida aspa formada por el pico y la pala.

Cada compañía elige entre las muchachas de su barrio, una que por su reconocida hermosura y aire marcial, se presta gustosa á servir de cantinera y suele ser tratada con la mayor corrección y deferencia por todos los que la rodean. Su uniforme, que lo costea el Municipio, consiste en boina encarnada, cuerpo de terciopelo rojo adornado con galón dorado, bombachos y falda corta, ambas prendas de franela blanca y la última con ancha franja del mismo color del cuerpo. Completan el equipo un delantalito, artísticamente bordado, unas botas altas de lona blanca y un precioso barrilito que, á la bandolera, pende de ancha cinta de colores nacionales.

Durante el día 29 se celebran diversos festejos donde reina la mayor alegría, pero la animación y la algazara llegan á su límite á la noche, cuando la banda de música deja oír sus alegres notas en la plaza de San Juan. En el baile que allí se forma toman parte activa todas las clases de la sociedad, sin distinción alguna, y la plaza resulta pequeña

para dar cabida á aquel inmenso tropel de gentes que quiere divertirse. A las once y media la banda de música y la de pífanos y tambores salen de la plaza á recorrer las calles al compás del himno de San Marcial, arrastrando tras de sí una verdadera nube de gente, que vuelve saltando, en medio de delirante alegría al punto de partida. Hay que acudir esa noche á la plaza de San Juan para conocer el carácter jovial de los simpáticos iruneses y la franca alegría de las bellas irunesas.

Al terminar la gira, se cede el puesto á la fiesta militar. A las 12 de la noche el cornetín de órdenes toca retreta y á la media hora deja oír de nuevo sus ecos guerreros con el toque de silencio. Como por encanto se retira la gente, que, momentos antes, bullía con el mayor regocijo y reina la calma en todo el pueblo.

A esas horas, próximamente, del año 1522 se impondría también en el alto de Saroya de Aguinaga, silencio absoluto á los que se disponían á sorprender al enemigo en la peña de Aldabe.

Poco dura el descanso. A las cinco de la mañana las campanas de la parroquia, el estruendo de los petardos, los toques de cornetín, los acordes de la banda militar, contratada por el Ayuntamiento, la diana de «Villa Robledo» que toca por tradición la banda municipal y los pífanos y tambores que recorren las calles, desvelan al vecindario, sin dejarle un momento más de reposo. A las seis en punto, comienza el cornetín de órdenes á tocar llamada en distintos lados de la población y empiezan á acudir aisladamente las compañías al son de pífanos y tambores, atravesando con aire marcial las calles que conducen á la Alameda. Cúbrense con vistosas colgaduras los balcones que el publico invade ansioso, así como las calles, buscando lugar preferente para presenciar el «Alarde» y, á pesar de la hora, las vías públicas adquieren animación inusitada.

Forman las fuerzas en la Alameda, ocupando el lugar que les corresponde. En primer término forma la escuadra de hacheros, detrás la banda de pífanos y tambores y música, comandante jefe, compañía Bidasoa, id. Ventas, Meacar ó Minas, Pueblo, Bandera, Anaca, Lapitze, Olaberría, Behobia y Fuenterrabía. A continuación la batería de artillería. Hecha la distribución de ocho cartuchos por individuo, que el Ayuntamiento facilita, el comandante jefe, acompañado de un ayudante del General, revista las tropas y le notifica á éste el parte «sin novedad». En su vista ordena al comandante que rompa la marcha y se encaminan por la calle de San Marcial á la plaza de San Juan.

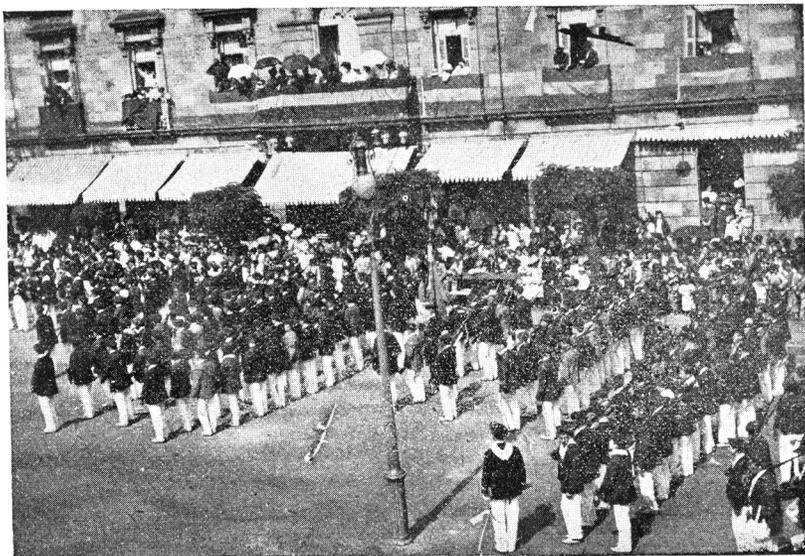
Formadas las tropas en la plaza, en columna por compañías, pasan los ayudantes al alojamiento del General á dar cuenta de la llegada de las mismas y precedido de sus ayudantes y escolta, llega este, apuesto y arrogante, montando brioso corcel. Todos presentan las armas y se hace cargo de las fuerzas, mediante la presentación del comandante. En seguida llama á todos los capitanes para darles las órdenes conve-



nientes, y manda á uno de ellos, que por derecho propio suele ser el de la segunda compañía del Bidasoa, se haga cargo de la bandera que se halla en la Casa Concejil. En cumplimiento de la orden, sube aquel al salón principal y baja sin pérdida de tiempo, acompañando al concejal que conduce la bandera, incorporándose en las filas. Durante esta ceremonia, todos presentan armas y la música bate la marcha real.

Después de algunas evoluciones, se dirigen las fuerzas por la calle de la Iglesia á la pradera que hay frente á la parroquia, donde sus antepasados acudieron también más de una vez, para tomar posiciones en la muralla que defiende aquella parte del pueblo por la calle del Juncal.

Formadas las tropas en la pradera, esperan á que se organice la procesión, que sale á las siete en punto de la parroquia, llevando por delante la cruz, estandartes de San Marcial y San Ramón, que son los santos de los dos días que se conmemoran y dos banderas. Detrás va el párroco, revestido de capa pluvial encarnada, acompañado del clero y una comisión del Ayuntamiento. Su aparición en la pradera, es sa-



ludada por una descarga cerrada por las fuerzas del «Alarde», que rompen la marcha, subiendo á la cabeza de la procesión, por la calle de la Iglesia. Al llegar á la Travesía de las Escuelas, se encaminan por esta calle á la de la Unión, bajando por la calle Mayor á la Plaza de San Juan. La procesión sigue distinta ruta y se dirige por la calle de la Iglesia á la esquina de la Plaza, deteniéndose frente á la columna de San Juan, ofreciendo la plaza en este momento solemne un aspecto deslumbrador.

En una esquina de la plaza, la procesión detenida con la cruz alzada, estandartes, banderas, Cabildo revestido y una comisión del Ayuntamiento, aguardando para seguir su marcha, el paso de la fuerza armada; bajando la calle con paso ligero, á los acordes de airosa marcha, las compañías del «Alarde», que se detienen un momento

ante la columna de San Juan,<sup>1</sup> para honrar su memoria con descargas cerradas que, rasgando el aire, cubren con su estruendo los ecos de las campanas que en todas las iglesias han echado á vuelo; vestidos de gala los edificios particulares con vistosas colgaduras, flámulas y gallardetes que ondean graciosamente, sirviendo de marco á apiñados grupos de alegres señoritas que llenan los balcones, animando el cuadro con profusión de sombreros y sombrillas de muchos colores; llenas las vías públicas de inmensa muchedumbre que se yergue y levanta para no perder detalle, y ocupando la presidencia á la cabecera de la plaza, la hermosa Casa Concejil, rebosando gente en el amplio balconaje de la fachada principal, cubierto con elegante colgadura de terciopelo oscuro, que ostenta en su centro, reluciente y esplendoroso, cual chispa de luz eléctrica en las sombras de la noche, el honroso escudo de la Noble Villa, bordado en oro sobre blanquísimo raso, como si quisiera en esa simbólica fiesta brillar con todas sus glorias, mostrando á la actual descendencia los méritos de aquellos héroes que lo ganaron en noble lid.

Después de la última descarga, detrás de las fuerzas sigue la procesión por las calles de San Marcial, Tetuán, Urdanibia y Santa Elena. En la ermita de este nombre se depositan los estandartes y banderas y el Párroco deja la capa y los sacerdotes las pellices. Se deshace la procesión y los concurrentes á ella suben por distintos caminos al alto de San Marcial, precedidos por las tropas que van por la carretera<sup>2</sup> en

---

(1) *San Juan-arria*, llaman los naturales en bascuence á la columna que se levanta en la plaza, en recuerdo del siguiente hecho de armas, si hemos de dar crédito á los historiadores de aquel tiempo. El año 1474 los hijos de Irún, unidos á una partida de esforzados varones que salieron de la plaza de Fuenterrabía, atacaron tan rudamente á una banda de mil franceses, que, destrozados completamente, tuvieron que retirarse á la desbandada. Una buena parte de ellos se refugió en una casa de Irún, perteneciente á D. Pedro de Urdanibia, y viendo que no podían rendirles se acercaron á ella bajo una nube de proyectiles enemigos que causaron grandes bajas á los nuestros, y por orden de su dueño le dieron fuego, pereciendo abrasados por las llamas 120 hombres con el capitán Purguet, natural de Bayona. La actual casa conocida con el nombre de Torre de Aranzate, que hace esquina á la plaza y á la calle Mayor, está levantada en el solar que ocupaba la referida casa de Urdanibia.

(2) La carretera es de reciente construcción. Por iniciativa de D. Manuel Pedrós, se pensó en 1897 en abrir este camino para la mayor comodidad de las Corporaciones, tropas y público que suben ese día al alto y

paso de marcha. En la ermita espera el sacerdote que ha de celebrar la santa misa á las nueve en punto y el altar se halla colocado con la efigie de San Marcial, en un salón exterior de la casa del ermitaño, de manera que pueda verse bien por las tropas y el público que ocupan la pradera contigua. La guardia del altar está encomendada á la escuadra de hacheros, y al alzar se oyen los acordes de la marcha real y el estruendo de la descarga cerrada que tiran las tropas, rindiendo armas seguidamente.

Antes y después de la misa se da á adorar á los fieles la reliquia del Santo.

Terminada la misa, se distribuye á la fuerza una peseta por individuo, cantidad que la mayoría emplea en obsequiar á las cantineras de su compañía. A continuación las tropas se dirigen ordenadamente á uno de los muros de la ermita y dejan las armas que quedan custodiadas á fin de evitar cualquier incidente desagradable.

Después de descansar algún tiempo y disfrutar de las delicias que proporciona el panorama encantador y admirable que desde aquellas alturas se divisa, todos los concurrentes buscan en la pradera lugar adecuado donde acomodarse por grupos y almuerzan alegremente, defendidos de las inclemencias del tiempo por gran número de tiendas de campaña que al efecto se levantan. En la casa aneja á la ermita comen las autoridades eclesiásticas, civiles y militares y con ellos el General y sus ayudantes.

A la una próximamente se toca llamada y una vez recogidas las armas por las tropas, se practican nuevas evoluciones en honor al Santo, bajando todos á la ermita de Santa Elena, donde se forma de nuevo la procesión á las dos próximamente, para dirigirse á la parroquia por el mismo camino de antes, con poca diferencia.

Es costumbre que la banda de música toque las marchas de «Iolo» al subir al monte y la de Rataplán al efectuarse el descenso.

el año siguiente se inauguraba, colocando contra la ermita de San Marcial un pedestal con la siguiente inscripción:

URNA QUE CONTIENE LOS NOMBRES DE LOS QUE CONTRIBUYERON A LA REALIZACIÓN DE LA CARRETERA DE SAN MARCIAL CON SU TRABAJO GRATUITO Y CON SUS DONATIVOS EN METÁLICO.

Cumplida la misión de acompañar á la procesión hasta la parroquia, vuelven las fuerzas á la plaza de San Juan, que está llena de bote en bote de gente ávida de ver la fiesta. Con graciosas cantineras á la cabeza, entran las compañías moviéndose con gallardía y marcialidad, á pesar de la caminata y del sol abrasador, y después de tirar tres descargas cerradas, se procede á la entrega de la bandera con el mismo ceremonial que al recibirla, presentando armas y batiendo la marcha real. Cada descarga va precedida de la marcha denominada «Descarga».

Después de entregar la bandera se hace el desfile al son de la airo-sa marcha titulada «Fagina».

Las compañías de Fuenterrabía que toman parte en el «Alarde», se despiden á su regreso, tirando tres descargas frente á la morada del General, y las compañías de la villa hacen lo propio ante las viviendas de las cantineras.

En conmemoración de la batalla librada el 31 de Agosto de 1813, día de San Ramón, subía la gente en romería todos los años, así como el tamboril, y se hacían las salvas de cañón á que nos hemos referido ya. Al principiar la última guerra civil, se bajaron á la parroquia la campana de la ermita, así como las tres efigies de San Marcial, San Ramón y San Isidro que en ella estaban y por el mal estado del santuario, permanecieron abajo hasta el 24 de Junio de 1891 que se subieron en procesión con acompañamiento de música y empezó de nuevo la gente á subir en romería, aunque no acude el tamboril

SERAPIO MÚGICA.

Fuenterrabía, 21 de Mayo de 1901.

